

comisión, que nombrarían las partes interesadas, fijaría el límite entre las posesiones de Federico VII que deberían formar parte de la Confederación germánica y el resto de sus Estados; la *lugartenencia* de los ducados depondría las armas, y caso de resistirse, el rey de Dinamarca requeriría el concurso de Alemania, autorizándosele, si ésta no se lo prestaba, á obrar por sí contra aquel gobierno insurrecto. Dos días después, el cuatro de Julio, la Conferencia de Londres, que hacía tiempo se ocupaba en arreglar el negocio de los ducados, con asistencia de los plenipotenciarios de Inglaterra, Austria, Dinamarca, Francia, Prusia, Rusia y Grecia, firmaba un protocolo, sentando en principio que la integridad de la monarquía danesa era de interés europeo, é invitando á Federico VII á tomar las medidas para que su sucesión no se partiese y garantizar un arreglo que, á sus ojos, sería prenda de tranquilidad para todas las potencias. En vano Prusia dejó de adherirse á este protocolo; comprometida estaba por el tratado de paz á respetar la integridad de la monarquía danesa.

Este fracaso del gabinete de Berlín en lo exterior no podía menos de transcender á lo interior, haciéndole perder terreno en Francfort, en beneficio de Austria, que, más audaz á medida que se sentía más fuerte, indujo á sus parciales á pedir, el diez y nueve de Julio, que se convocase la Dieta de los diez y siete, para investirla, bajo su presidencia, de la autoridad ejecutiva en la Confederación. En balde la corte de Berlín protestó; en balde retiró del *plenum* sus plenipotenciarios: Schwarzenberg siguió adelante publicando el catorce de Agosto la convocatoria, restaurando durante el mes de Septiembre la Dieta de los diez y siete, á título provisional cuando menos, y anunciando el gabinete de Viena su propósito de hacer discutir y votar en el Parlamento de Francfort la constitución que meditaba dar á Alemania. Entonces Federico Guillermo, no aviniéndose á renunciar á su cara ambición de ejercer la supremacía en Alemania, creyó que había retrocedido bastante, y alentado por sus consejeros más íntimos, especialmente por Radowitz, á fines de Septiembre se mostró dispuesto á entrar en lucha franca con Austria, al extremo de apelar, si necesario fuese, á la suerte de las armas.

Por de pronto, no reconociendo á la Dieta de los diez y siete como autoridad legítima, se opuso á que se ejecutasen los acuerdos que, por graves incidentes, causados en parte por su propia conducta, tuvo que adoptar aquel poder. Uno de estos incidentes versaba todavía sobre los ducados, donde Federico Guillermo, en vez de obligar á la *lugartenencia* á disolverse, conforme al tratado de dos de Julio, la instaba á renovar las hostilidades, suministrándole armas, dinero y hasta un general. La *lugartenencia*, habiendo tomado la ofensiva contra las tropas danesas, fué batida en dos encuentros y rechazada hasta las fronteras del Holstein, donde Federico VII, fiel á sus compromisos, se detuvo y requirió el concurso de Alemania. La Dieta de Francfort acordó, en cumplimiento del tratado, prestar el auxilio solicitado, á lo que se opuso terminantemente Prusia, anun-

ciando á son de trompeta su firme resolución de combatir á las tropas federales que tratasen de ejecutar el acuerdo de la Dieta. El otro incidente fué que el Elector de Hesse, Federico Guillermo I, tiranuelo, áspero, misántropo, tacaño y brutal, no pudiendo dejar el reino á sus hijos por haberlos tenido de una mujer divorciada de un capitán, quiso á lo menos enriquecerlos, sin reparar en los medios, pisoteando la constitución y las leyes, lo que no le consintieron los tenaces hesseses, que, desde el bracero hasta el magistrado y el oficial, se le pusieron enfrente, al extremo de hacerle huir. En su desventura, acudió á Francfort, en demanda del auxilio de la Confederación contra sus súbditos. Austria le dispensó buena acogida, y la Dieta acordó que tropas federales le llevarían á su capital y le repondrían en el trono. Prusia respondió á esta resolución movilizandó varios cuerpos de ejército, que tomaron al punto el camino de Hesse.

La guerra era inminente. Federico Guillermo no ocultaba ya sus preparativos militares, y lo que era aún más significativo, confiaba á Radowitz, el inspirador del proyecto de la *Unión restringida*, el ministerio de Negocios Extranjeros. Tampoco Austria se descuidaba. El doce de Octubre, los reyes de Wurtemberg y de Baviera se avistaron en Bregenz con Francisco José, á quien saludaron como su *Emperador* y aseguraron su incondicional concurso; pocos días después, la Dieta de Francfort ordenaba oficialmente la ejecución del acuerdo federal acerca de Holstein y de Hesse, y sus tropas partían á este último país, que ocupaban ya las fuerzas prusianas. El conflicto se esperaba que estallase de un instante á otro, cuando dió nuevo cambio la voluntad de Federico Guillermo. Y no le faltaba á la sazón motivo para ello. Su primer ministro, Brandeburgo, regresó á fines de Octubre de Varsovia, adonde había ido con el príncipe Guillermo, llamado por el Czar de Rusia, árbitro omnipotente, y el lenguaje que usara el autócrata había sido tan claro, tan terminante, que al jefe del Gabinete prusiano no le quedó duda de estar decidido, caso de necesidad, á unir sus fuerzas á las de Austria para aplastar á la *Unión restringida*. En este trance ¿qué hacer? A falta de aliado poderoso, no había otro remedio que retroceder de nuevo. A este partido se inclinó la mayoría del Consejo de ministros que se celebró el dos de Noviembre, acordando, no obstante la enérgica resistencia del príncipe real, desechar la movilización y aceptar un proyecto de nota muy conciliador para Schwarzenberg, por el que Prusia abandonaba la Unión y no se oponía en principio y bajo ciertas garantías á la ejecución del acuerdo federal en Hesse. El Rey, con exquisita corrección constitucional, que no estaba en sus hábitos, se inclinó ante el voto de la mayoría. En su consecuencia, Radowitz presentó la dimisión: á los cuatro días, Brandeburgo, que se había retirado á redactar la nota, murió repentinamente. A este suceso sigue nuevo acto de veleidad por parte de Federico Guillermo, que llama á la presidencia del Consejo al dóct Manteuffel, tras del cual reaparece la influencia inquieta y bulliciosa de Radowitz. Las tropas prusianas reciben orden de permanecer en Hesse, donde se oyen algunos



cañonazos. Pero la flaca voluntad del monarca, fatigada de nuevo, vuelve á mudar. Sus amigos más prudentes le advierten que está aislado en Europa, sin un aliado; que habrá de contar no solamente con Austria, mas también con Rusia; que el estado de su ejército no es para entrar en campaña, y ante estas consideraciones cede, aunque no sin disputar miserablemente el terreno, resistiéndose, por ejemplo, á evacuar á Hesse, exigiendo que las conferencias para la reconstitución de Alemania no se celebren en Francfort, y hablando bélico lenguaje á las Cámaras prusianas, que reunió el veintuno de Noviembre. Con estas puerilidades, que no le sirven ni para velar su debilidad, sólo consigue que Schwarzenberg, apurada su paciencia, le despache un *ultimatum* de brusquedad insultante, fijándole no más que cuarenta y ocho horas para aceptar; y el soberano que ayer hablaba de disputar á Austria la supremacía en Alemania con las armas en la mano, con la docilidad de un doctino, envía inmediatamente á Manteuffel á Olmütz, á hacer confesión de sus culpas, firmándose el veintinueve de Noviembre de mil ochocientos cincuenta, en aquella tierra austriaca, una convención que los patriotas prusianos han recordado mucho tiempo como una vergüenza nacional, por la que la corte de Berlín no se limitaba á renunciar á la *Unión restringida*, sino que se comprometía á cooperar en Holstein y en Hesse á las ejecuciones prescritas por la Dieta de Francfort. Esta convención causó en Prusia indignación general. «Se ha enterrado la Nueva Prusia», escribía la mujer del heredero presunto, la princesa Augusta. «No se encuentra nada parecido en nuestra historia, escribía á Bunsen el conde Portalès..... hay en esto algo tan aplastante que faltan palabras para expresarlo.» En vano Manteuffel trató de engañar á Europa contando la admisión de las tropas prusianas en los contingentes federales como un éxito para su Gobierno; en vano Bismark defendió el tratado, en nombre del viejo partido prusiano, contestando á los oradores que lo atacaban: «El ejército prusiano no necesita dar pruebas de valor; el honor de Prusia no demanda, tal es mi convencimiento, jugar á los Don Quijote en Alemania.» Schwarzenberg, en una circular de siete de Diciembre, expresaba todo lo que la convención de Olmütz tenía de humillante para Prusia, hablando del desarreglo de la corte de Berlín, de los «locos despachos» de Manteuffel, de su marcha precipitada para una conferencia que no estaba seguro de obtener y poniéndole por inri la frase: «El Emperador, mi augusto señor, no ha creído deber rechazar demandas tan modestamente formuladas.» Lo único que Prusia pudo conseguir de su arrogante adversario fué, que las conferencias referentes á la constitución germánica no se celebrasen en Francfort, sino en Dresde. ¡Menguada compensación!

Mientras las tropas prusianas, llenas de coraje, ayudaban al ejército federal en la triste tarea de restaurar al Elector de Hesse y desarmar la lugartenencia de los ducados, los plenipotenciarios de todos los Estados alemanes se reunían en la capital de Sajonia el veintitres de Diciembre, y su presidente Schwarzenberg les invitaba á deliberar acerca de

la futura constitución de Alemania. Y ¡oh, sorpresa! Austria, que hasta entonces había caminado de triunfo en triunfo, sintió moverse el suelo bajo sus pies. Los Estados secundarios de la Confederación, que acababan de apoyarla contra la corte de Berlín, no se mostraron dispuestos á sacrificarle su independencia. El rey de Wurtemberg y sus aliados presentaron y sostuvieron con energía el proyecto de constitución cuyos lineamientos habían trazado en su tratado de veintisiete de Febrero de mil ochocientos cincuenta, y aunque no costó gran trabajo á las dos grandes potencias alemanas hacerlo fracasar, cuando Schwarzenberg propuso y defendió á su vez su propio plan, Prusia, secundada por la mayor parte de Alemania, le hizo ruda oposición. Toda la cuestión versaba, en el fondo, sobre la hegemonía. Prusia aspiraba á compartirla con Austria; Austria quería ejercerla sola. El primer ministro de Francisco José proponía que, en lo porvenir, formasen la Dieta ejecutiva de Francfort no más que siete Estados, representados por nueve votos: dos de Austria, dos de Prusia, uno de los dos Hesses y uno por cada uno de los reinos de Baviera, Wurtemberg, Sajonia y Hannover, quedando sin representación los pequeños gobiernos que formaban la clientela de Prusia. Con este arreglo, Austria, disponiendo de los cuatro reinos y de los dos grandes ducados de Hesse, se aseguraba para siempre la mayoría, y por esto pedía que se reforzase la autoridad federal, confiéndole la dirección de los asuntos militares, de la diplomacia y plenos poderes para restablecer el orden. Ocioso es decir que mantenía su antigua pretensión de entrar en la Confederación con todos sus territorios.

Prusia usó de rara astucia. Lejos de combatir de frente el programa de Schwarzenberg, aparentó limitarse á enmiendas de poca monta, al tiempo que, bajo cuerda, alentaba con todas sus fuerzas la oposición de los pequeños Estados y, como quien no pide nada, exigía que la futura constitución de Alemania fuese aceptada por la unanimidad de los gobiernos interesados. Bien sabía que esto no podía ser. Con esta táctica se salió con la suya, prolongando más de cuatro meses las discusiones, reduciendo á la impotencia á Schwarzenberg y, cuando vió á todo el mundo cansado, emitiendo la idea de restablecer la antigua Dieta de los diez y siete, sin alterar su modo de funcionar ni sus atribuciones. Los papeles entre Austria y Prusia habíanse trocado, trabajando la primera por reforzar en Alemania el vínculo federal y la segunda por impedirlo. Porque á entrambas las tenía sin cuidado la cuestión de principios, una y otra sólo pensaban en dominar á Alemania, ó en estorbar, caso de no poder conseguirlo, que la dominase la otra.

Tocante á la grave pretensión de Austria de introducir en la Confederación todas sus provincias no germánicas, Prusia se mostró bastante reservada, ya por haber sido reconocidas como territorios alemanes sus provincias orientales, que realmente son eslavas, ya por estar segura de que Europa no consentiría que se efectuase semejante infracción de los tratados de mil ochocientos quince. No se equivocaba. El gobierno de Luis Napo-



león, después de varias reclamaciones bastante enérgicas á la corte de Viena, dirigió, el cinco de Marzo de mil ochocientos cincuenta y uno, un manifiesto á las potencias firmantes de los convenios de mil ochocientos quince, consiguando que la organización federal de Alemania no podía ser modificada sino por el consentimiento de los ocho gobiernos que la habían fundado, á causa de formar parte de los conciertos reconocidos y garantizados por el acta final del Congreso de Viena, y que, dominada infaliblemente y siempre por la corte de Viena, la Confederación germánica perdería su independencia y Europa su seguridad. No se expresaron con menos severidad, en Marzo y Abril de mil ochocientos cincuenta y uno respectivamente, los gabinetes de Londres y de San Petersburgo. En vista de todo lo cual, Schwarzenberg, reconociendo que nada ganaría con insistir, se apresuró á cerrar el quince de Mayo las conferencias de Dresde, no sin haber hecho decidir, conforme al voto de Prusia, el restablecimiento de la antigua Dieta de los diez y siete, con lo que Alemania iba á encontrarse, después de tres años de revoluciones, en la misma situación que le había fijado el Congreso de Viena.

El treinta de Mayo de mil ochocientos cincuenta y uno, reanudó, pues, sus sesiones, bajo la presidencia de un plenipotenciario austriaco, Thun-Hohenstein, el antiguo perezoso y soñoliento *Bundestag*, en el que Prusia se hizo representar en breve por el diplomático destinado á destruir la Dieta y excluir de Alemania á los Hapsburgo, el conde de Bismark. Schwarzenberg, no desesperando de conseguir en Francfort lo que se le había escapado en Dresde, siguió gestionando en el comité de los diez y siete y en el *plenum* por la realización de sus proyectos políticos, incluso el de introducir la monarquía austriaca entera en la Confederación. Mas de nuevo tuvo que retroceder, ante la oposición, cada vez más amenazadora, de las grandes potencias. El emperador de Rusia, que había asegurado su apoyo al rey de Prusia en la visita que éste le hiciera en Mayo, fué en Julio á ver en Olmütz al joven Francisco José, y en tales términos se expresó, que Schwarzenberg empezó á tenerle miedo. Al mismo tiempo, Francia é Inglaterra no dejaban de renovar sus protestas, y Prusia acabó de matar el proyecto austriaco declarando, el veinte de Septiembre, que renunciaba á la incorporación de sus provincias orientales en el territorio federal.

Como para consolarse de estas crueles decepciones, Schwarzenberg se aplicó á borrar en todas partes las huellas que pudiera haber dejado la revolución. La restauración de la autoridad imperial en Viena, Pesth, Venecia y Milan, junto al restablecimiento de la Dieta en Francfort, le permitió emprender activa campaña contra aquella democracia, que odiaba tanto más cuanto que un día la había adulado. El veinte de Agosto, hizo firmar á Francisco José una patente suprimiendo la responsabilidad ministerial y suspendiendo la Constitución de mil ochocientos cuarenta y nueve; en la misma época, regresaba á Viena, con gran alegría suya, el viejo Metternich, el cual, del fondo de su destierro,

no había dejado de aconsejarle; pocos días después, el veintitrés de Agosto, la Dieta de Francfort abolía, á instancia suya, los derechos fundamentales que había votado el Parlamento alemán y aceptado la mayor parte de los gobiernos germánicos; y en medio de todo esto, se esforzaba en destruir las constituciones nacidas de la revolución de mil ochocientos cuarenta y ocho, así en Alemania como en Italia, donde contaba con más seguridad de conseguirlo. El Papa, en efecto, á pesar de los consejos y reconveniones del gobierno francés, persistía en no dar á su pueblo sino reformas administrativas casi ilusorias, al paso que el gran duque de Toscana y el rey de Nápoles suspendían en sus Estados el ejercicio de los derechos constitucionales. Un solo soberano, el rey de Cerdeña, Víctor Manuel, se resistió á la corriente reaccionaria, jurando mantener el estatuto fundamental de Carlos Alberto, aún á trueque de las mayores ventajas que habría obtenido en la paz que el seis de Agosto de mil ochocientos cuarenta y nueve firmara con la corte de Viena. Desde entonces, el Piamonte fué en Italia el asilo de la libertad.

A favorecer esta política contra-revolucionaria vino, el dos de Diciembre de mil ochocientos cincuenta y uno, el golpe de Estado de Luis Napoleón, que llenó de contento á los monarcas absolutos, por más que no les inspirase confianza su autor, principalmente por llamarse Bonaparte. Por esto, y por estimarlo conveniente á sus particulares intereses, el rey de Prusia insinuó á los gabinetes de San Petersburgo y de Londres la idea, que no fué aceptada, de formar una coalición. El emperador de Rusia, á pesar de su desafecto á Luis Napoleón, estimaba que debía guardarse algún miramiento al que acababa de destruir la república en Francia. En Inglaterra, el dos de Diciembre causó en el pueblo pánico tan intenso, que se creyó ver reaparecer la flota de Bolonia; pero nada de esto trascendió á las clases directoras. El ministro de Negocios Extranjeros, Palmerston, amigo de Luis Napoleón y previendo que algún día pudiera convenir á su país aliarse con Francia contra Austria y Rusia, no vaciló en calificar el golpe de Estado de suceso venturoso para su patria. Que Luis Napoleón hubiese derribado el régimen parlamentario y que Palmerston pasase en Europa por el campeón de la libertad, no importaba; en materia de política exterior, el ministro inglés no era más escrupuloso con los principios que su antiguo maestro Canning. A tal punto rayó su entusiasmo, que aprobó por su cuenta, sin haberlo tratado con el Consejo de ministros, el acto del Príncipe-presidente, la cual ligereza le costó el ministerio, que abandonó el diez y seis de Diciembre. Mas el jefe de este gabinete, Russell, y el que le sucedió el diez y seis de Febrero, Derby, se mostraron igualmente propicios al gobierno del Eliseo. Por extraño que parezca, Austria fué, de todas las grandes potencias, la que más ruidosamente aplaudió el golpe de Estado, ya por constarle á Schwarzenberg la frialdad de relaciones del nuevo dictador con el rey de Prusia, ya por considerar al Príncipe-presidente como poderoso agente de reacción.